

❖ LA CONCIENCIA DE UNA IDENTIDAD

María de la Cerca González Enríquez

Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira

Licenciada en Antropología y Etnología de América, ha desarrollado su carrera museística en el Museo Nacional de Antropología y en el Museo de América, dedicándose en ambos al estudio de las colecciones provenientes de las culturas del océano Pacífico. Desde 2005 está encargada del Departamento de Documentación de las Colecciones, en el Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira.

Asunción Martínez Llano

Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira

Licenciada en Geografía e Historia, es educadora en el Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira, donde desde el año 2000 ha desempeñado diversas tareas en las áreas de Comunicación y Educación. Como educadora, coordina los programas destinados al público familiar y al público escolar.

Hace 40.000 años los primeros humanos modernos comenzaron a dejarnos sus historias en las paredes de las cuevas y en los objetos que les acompañaban en su vida cotidiana. Desarrollaron la capacidad de expresar lo más íntimo hacia el exterior y plasmarlo para la posteridad a modo de legado para futuras generaciones, de contar su posición en el mundo y en su entorno, de reconocerse y de que les reconocieran. En esta forma de comunicación no verbal las personas comenzaron a expresarse a través de sus creaciones y surgieron las imágenes, aquellas representaciones que les acompañaron en el largo proceso de la formación de la identidad humana, transformando las ideas en signos y símbolos que sólo adquirirían sentido cuando se conjugaban. Esas imágenes eran comunes a todos los individuos que compartían un mismo código cultural y que sólo ellos eran capaces de descodificar. Es así como nació lo que entendemos por Arte o expresión artística, como una forma de comunicación entre los humanos que les permitió construir su identidad a través de unos valores comunes que cohesionaban sus sociedades. Indudablemente no fue la única vía¹ pero sí una muy determinante, porque en el

¹ La extensión del texto determina que el contenido de este artículo solo se enfoque a través del Arte. Véase Bolen (1991:402).

momento en que esas representaciones se convirtieron en convenciones consuetudinarias, cuando fueron apropiadas e interiorizadas por los grupos a los que les resultaban familiares, se constituyeron en su legado, en su contribución a la historia de la humanidad.

Desde el nacimiento de la conciencia humana moderna, las personas hemos sido capaces de retener en nuestra mente todo aquello que vemos y que forma parte de nuestro mundo más inmediato. Un mundo que cada cultura y cada grupo ha construido y transformado conformando su ideología y su cosmogonía. Es en la mente donde se va dando forma a las imágenes y en el ejercicio de compartirlas con los demás, en las interacciones de las mentes individuales (Morin, 2004:41), cuando se les da nombre a través del lenguaje y se las transforma finalmente en signos reconocidos socialmente a través de las representaciones plásticas. La variedad de construcciones sociales de esas realidades ha dado lugar a la diversidad cultural que nos define como humanos haciendo que cada interpretación se constituya en única. Por eso, descodificar con ojos actuales ese legado es tarea complicada. Por ejemplo, ante la representación de un ciervo, nosotros lo reconocemos como cérvido y lo clasificamos de acuerdo a nuestras categorías científicas. Pero la mente humana también genera ideas abstractas a las que damos forma externa a través de un signo consuetudinario. Ese signo puede corresponder a una imagen que no reconozcamos, una forma geométrica indeterminada o, por ejemplo, esa misma imagen de ciervo, que sí reconocemos, podría representar un concepto abstracto como el bien o el mal. Es decir, conocemos la forma representada pero podemos no alcanzar el significado (Leach, 1981:51).

La composición de sus realidades por medio de imágenes es atributo, al menos hasta lo que sabemos, del Homo sapiens, el llamado humano moderno que biológicamente ya era como nosotros. Pero lo cierto es que aunque era como nosotros era diferente. La modernidad anatómica fue un proceso en el tiempo y con toda probabilidad, la expansión del Sapiens por el mundo, su adaptación a los diferentes ecosistemas y la construcción social de cada grupo conllevó un ritmo distinto. Probablemente también la aparición del lenguaje jugara un papel determinante

pues, por primera vez, la memoria, surgida de la experiencia acumulada generación tras generación, pudo transmitirse y definirse en ese juego de símbolos y significados que son las lenguas y que unen a los individuos que las comparten.

Pequeños grupos humanos, probablemente emparentados, constituían unidades económicas básicas en torno a la caza y la recolección, compartiendo el territorio con otros grupos similares. Las culturas por ellos creadas, adaptadas a un medio cambiante, dieron lugar a una evolución técnica progresiva. Ya no se reproducían las formas, sino que se pensaban, se investigaban y se creaban. Se desarrollaron modos de vida con muchos elementos ideológicos comunes y, naturalmente, con muchas variedades y características locales, ya que estamos hablando de grupos que se dispersaron a lo largo de una Europa fría, desde la cornisa cantábrica hasta la República Checa e incluso Siberia y a lo largo de cerca de 30.000 años. En el seno de estas unidades domésticas básicas, la división sexual de las tareas marcaba una fuerte interdependencia entre los sexos. Seguramente hombres y mujeres participarían en las tareas cinegéticas y hombres y mujeres recolectarían frutos, en un juego de intercambio y reciprocidad que las hacía igual de esenciales (Harris, 1991:272). Edgar Morin señala que la búsqueda de la identidad humana parte de la dualidad hombre-mujer, no como pares de oposición sino como complementarios (Morin, 2004:89) y esto era así porque su supervivencia dependía del grupo, de lo que cada hombre o mujer, de cualquier edad, pudieran aportar en beneficio de una vida en común que asegurara su continuidad. Desconocemos qué normas sociales adjudicaban a cada sexo su posición en el grupo o le indicaban qué actividades podían desarrollar y cuáles no. Pero lo cierto es que ambos sexos dependían el uno del otro y se complementaban. En el proceso de la búsqueda de su identidad, durante los primeros momentos de su gestación, hombres y mujeres debían ser complementarios, porque lo que se estaba planteando era la formación de la identidad colectiva.

El Arte constituyó una forma de perpetuación de sus realidades, del mundo en el que vivían, gracias a un código reconocido por todos, que reflejaba su mundo simbólico, su cosmogonía y que englobaba todas aquellas categorías que

conformaban la ideología del grupo. Era un arte planificado, reflejo inconsciente de una estructura mental extendida por un amplio territorio y aunque con lógicas variaciones regionales reflejadas fielmente en las iconografías, mantenía una estructura común y un lenguaje común. Era un arte de pueblos cazadores que hablaba de naturaleza y de animales. Pero también de signos cuyo significado se nos escapa, una abstracción de sus ideas expresadas en el Arte y por último, de su imagen, de su forma de verse y... ¿de cómo querían ser vistos?

La Arqueología ha proporcionado figuras de hombres y mujeres del Paleolítico en diferentes contextos, realizadas con materiales y técnicas varias, e indudablemente, con diversificaciones evidentes en el tiempo y en el espacio. Han aparecido sobre soportes como asta, hueso, piedra y posiblemente existieran en madera y fibras vegetales, aunque no hayan llegado hasta nosotros por ser materiales perecederos. En su realización se han empleado la pintura, el grabado, el relieve y la escultura, pues se representaban en las paredes de las cuevas pero sobre todo en los objetos o como objetos en sí mismos, para ser llevados con ellos, para formar parte de su vida cotidiana. De hecho, la mayoría han aparecido en contextos domésticos en los campamentos, cerca de los hogares y asociadas a los carbones y las cenizas o sobre suelos pintados con ocre o en huecos cubiertos por huesos de animales. A veces solas, a veces acompañadas de otras figuras o de utensilios.

Los humanos tendemos a significar lo trascendente y a obviar lo evidente. Por algún motivo las primeras sociedades de humanos modernos dieron más importancia a la representación femenina y un mismo perfil de mujer se extendió por Europa. Pero ¿cómo era la mujer que ha llegado hasta nosotros?

No podemos hablar de la mujer en genérico, es decir, de todas las mujeres sin importar la edad o la condición, porque para ser representada se elige un tipo de mujer que se corresponde con una cierta edad, con un momento vital, y con toda probabilidad, con el reflejo de una condición o status determinado.

Lo primero que nos llama la atención es la representación del cuerpo. En el cuerpo humano se refleja la sociedad porque es ella la que marca su expresión.

¿Qué lectura podemos hacer del cuerpo femenino en el Paleolítico? ¿Puede ser un indicador del papel que jugaban las mujeres en estas sociedades? Un punto en común a lo largo de todo el período es que se resaltan expresamente los atributos sexuales de la mujer y no otros. Es decir, se seleccionan unas cualidades y se hace de forma claramente reconocible e incluso intencionadamente exagerada. Pero también se introduce la abstracción, es decir, la representación de la idea de esas características. La mayoría son anónimas, sin facciones en el rostro y sus extremidades aparecen poco definidas.

En la imaginería de la mujer podemos establecer dos grupos, que además coinciden con dos períodos definidos del Paleolítico superior. Las más conocidas, aquellas representaciones en las que determinadas partes del cuerpo son exageradas de forma intencionada por las culturas gravetienses y aquellas del período magdalenense, abstractas, en las que se distingue su carácter femenino por la representación destacada de sus senos o nalgas.

Muchas de estas figuras tienen el cuerpo adornado y con signos de tatuaje o pintura corporal. Tocados que cubren la cabeza, cinturones trenzados, señalan un adorno que no podemos clasificar como exclusivo y ni siquiera asociarlo a una edad o condición ya que desconocemos cómo se otorgaban o portaban dichos adornos o quién los elaboraba.

Las primeras interpretaciones que se dieron de estas figuras se asociaron con los sistemas de creencias, nada extraño ya que, tanto la religión como el arte, conmueven las sensibilidades, los sentimientos humanos. La elección en la representación de sus atributos sexuales ha dado lugar a una explicación que las relaciona con el concepto de la Tierra como principio vital y, por lo tanto, con la idea de la fecundidad. Ser dadora de vida la convertiría en única y como tal estaría reconocida por ser imprescindible para la perpetuación de la especie. El cuerpo femenino, y más concretamente su vientre, sus pechos y sus órganos genitales, sería concebido como receptáculo y fuente de vida y de regeneración, en un ciclo constante que ayudaría a mantener el equilibrio del universo. Muchas de ellas reflejan el estado de gestación incluso el momento del alumbramiento. Por eso



Figura 1. Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira. De izquierda a derecha: réplica de la *Venus de Lespugue* (Francia); réplica de la *Venus de Dolni Vestonice* (República Checa); réplica de la *Venus de Kostienki* (Rusia). Autor de las réplicas: Alfredo Prada.

también se las ha considerado ídolos relacionados con ceremonias para facilitar la concepción.

Pero la mujer de entonces ¿se sentiría identificada con esa representación? ¿Podemos pensar en asociar la representación femenina solo a la fertilidad porque la mayoría de las figuras reúnan estas características? Y además, ¿tendrían la misma importancia las representaciones realizadas en pequeñas tallas que aquellas que aparecen en las paredes de las cuevas? Desconocemos los motivos que llevaron a representar a las mujeres de esta forma y no de otra. Pero no podemos dejar de preguntarnos por qué no se representa a la mujer en actividades cotidianas como sí se hace posteriormente en el arte rupestre levantino o durante el Neolítico.

No todas las figuras femeninas pueden asociarse a la fertilidad aunque exhiban sus atributos femeninos. Tampoco se las puede considerar diosas. Descubrimientos como los del Lago Baikal, en Siberia, en los sitios de Mal'ta-Bureta, en los que han aparecido figuras femeninas vestidas, podrían echar por tierra muchas teorías sostenidas hasta ahora. Si recurrimos a las analogías etnográficas podemos encontrar muchos significados asociados a ellas, pudiendo haber cumplido funciones múltiples desde amuletos hasta juguetes para educar a los niños. Quizás solo a las niñas, enseñándolas a conocer su propio cuerpo y sus transformaciones: menstruación, embarazo, parto, lactancia, es decir los acontecimientos más importantes en el ciclo vital femenino que alteran su propio cuerpo y condición.

Símbolos de fertilidad, ídolos mágicos para facilitar la concepción, cánones de belleza o la Diosa Madre universal, no dejan de ser explicaciones dadas desde nuestro código cultural ajeno totalmente al suyo de origen. Incluso lo denominamos y clasificamos como arte, aún sabiendo que con toda probabilidad no estuviera ligado al concepto de lo estético, de lo bello y del placer que a menudo conlleva para nosotros sino que, más bien, estuviera integrado como parte de su vida cotidiana o de su cosmogonía. Además, cada observador lo interpreta según su sistema de valores, descontextualizándolo. Y eso es lo que nosotros hacemos ahora, le concedemos una categoría dentro de nuestro mundo y de

nuestro momento sin ser capaces de acceder a su memoria, de traducirla bajo sus propios ojos, pensando como ellos.

Los artistas del Pleistoceno nos han transmitido una idea con forma de mujer en la que imágenes y símbolos tendrían un significado para cada individuo del grupo, incluso para aquellos pertenecientes a otros grupos pero culturalmente afines. Nos han legado su forma de ver el mundo, pero no las claves para interpretarlo. ¿Qué podemos decir realmente al margen de cualquier teoría? Pues tan solo que la primera forma de ver y representar lo femenino fue así: transmitiendo un concepto reconocido y compartido a lo largo de una vasta extensión territorial y durante cerca de 30.000 años. En esos momentos surgió el concepto de mujer y se estableció su identidad.

Las sociedades han organizado su entorno y su cosmos a partir de la diferenciación y, gracias a ella, han conseguido evolucionar y expandirse. Las dos primeras distinciones que se establecen son de carácter interno al propio grupo: la edad y el sexo. La tercera más importante es de carácter externo, hacia los otros grupos, sobre cómo los ven y en qué se diferencian y cómo son vistos o considerados por *los otros* y es en esta afirmación de su identidad hacia afuera cuando se crean los patrones culturales que les hacen exclusivos y distintos.

Nuestro momento diferencia el sexo del género, es decir, la clasificación biológica del concepto cultural. Hemos desarrollado una teoría llamada de género para reivindicar el papel de la mujer a lo largo de la historia, un papel velado por unas sociedades de primacía masculina. Género por tanto es una construcción social cuyo concepto varía de una cultura a otra y de un momento histórico a otro. Reconstruir los modelos que regían las relaciones entre hombres y mujeres en el Paleolítico superior es aún difícil de demostrar. Los vestigios que encontramos nos dicen muy poco acerca del papel que desempeñaban las mujeres y las interpretaciones que de ellas se hacen, se enfocan bajo un prisma ideológico actual que poco o nada puede ser aplicado en aquellas comunidades. El apoyo en la comparación etnográfica con pueblos cazadores-recolectores actuales o conocidos y documentados en tiempos históricos, a menudo, ha dado lugar

a conclusiones generalistas acerca de la división sexual del trabajo, de los roles que cada sexo tenía y de las relaciones que existían entre ellos. Estos estereotipos se han visto reforzados por la permanencia en el imaginario colectivo, de las teorías evolucionistas que les encasilla en el estrato más bajo de la evolución humana. Todo esto nos lleva a pensar si podemos hablar de género en un momento en que las sociedades humanas estaban creando su propia identidad. Si podemos aplicar una ideología actual a un tiempo tan lejano. Y, sobre todo, si tiene algún sentido o estamos buscando respuestas en el pasado que ayuden a sostener un discurso sesgado y parcial en la actualidad.

¿Podemos hablar de desigualdad entre hombres y mujeres en el Paleolítico? Para que esa diferencia exista ha de estar reconocida socialmente. ¿Podemos pensar que la mujer de esos momentos tenía conciencia de su diferencia? Y si era así ¿de qué diferencia? Porque las diferencias no implican necesariamente desigualdad.

∞ Bibliografía

**ADOVASIO, J. M., SOFFER, O.
y PAGE, J. (2008)**

El sexo invisible. Una nueva mirada a la historia de las mujeres. Lumen. Barcelona.

ALLEN W. J. y EARLE, T. (2003)

La evolución de las sociedades humanas. Ariel Prehistoria, Barcelona.

BARING, A.

y CASHFORD, J. (2005)

El mito de la diosa. Ediciones Siruela, Madrid.

BERMEJO BARRERA, J. C. (2003)

“La arqueología de la identidad: una vieja filosofía de la Historia. A propósito del libro de Almudena Hernando, *Arqueología de la Identidad*, Madrid, Akal, 2002”. *Gallaecia*, 22: 555-560.

CLARK, G. (1985)

La identidad del hombre. Paidós Studio Básica. Barcelona.

COOK, J. (2013)

Ice Age Art. Arrival of the modern mind. The British Museum. Londres.

COOK, J. (2013)

El Arte en la época de Altamira.
Fundación Botín-The British
Museum. Santander.

DÍAZ-ANDREU, M.

and MONTÓN SUBÍAS, S. (2012)

“Feminist and Gender Issues in
southwestern Europe: Spanish,
Portuguese and French prehistoric
archaeologies”. Bolger, D.L. (ed.)
The Companion to Gender Prehistory.
Oxford, Wiley-Blackwell: 438-457.

ESCODERO, J. A. (2007)

“El cuerpo y sus representaciones”.
Enrahonar: quaderns de filosofia,
38-39:141-157.

GIMBUTAS, M. (1996)

El Lenguaje de la diosa. Grupo
Editorial Asturiano GEA. Oviedo.

HARRIS, M. (1991)

Nuestra especie. Alianza. Madrid.

HERNANDO, A. (2002)

Arqueología de la Identidad. Akal, Madrid.

HODGE MCCOID, C. and

MCDERMOTT, L. (jun 1996)

“Toward Decolonizing Gender:
Female vision in the Upper
paleolithic”. *American Anthropologist.*
New Series 98-2: 319-326.

JOHNSON, A. W. y EARLE, T. (2003)

*La evolución de las sociedades
humanas.* Ariel Prehistoria.
Barcelona.

KARLIN, C. y JULIEN M. (2012)

“Les campements de Pincevent,
entre archéologie et anthropologie”.
Colloque La Préhistoire des autres.
Institut National des Recherches
Archéologiques préventives et le
Musée de Quai-Branly. (18-19 janvier
2011). Editions La Decouverte.
Paris: 185-200.

LEACH, E. (1981)

*Cultura y comunicación. La lógica
de la conexión de los símbolos.*
Siglo XXI. Madrid.

LEWIS-WILLIAMS, D. (2005)

La mente en la caverna. Akal. Madrid.

MORIN, E. (2004)

El Método V: la Humanidad de
la humanidad. La identidad
humana. Ediciones Cátedra.
Círculo de Lectores. Barcelona.

OWEN, L. R. (2005)

*Distorting the Past. Gender and
the division of labor in the European
Upper Paleolithic.* Kerns Verlag.
Tübingen.

ROMIEUX, M. (1995-1996)

“Aproximación Antropológica al Arte”.
Revista Chilena de Antropología,
13:155-161.

SANAHUJA YLL, E. (2007)

La cotidianidad en la Prehistoria.
La vida y su sostenimiento.
Icaria&Antrazyt 269. Barcelona

SÁNCHEZ LIRANZO, O. (2001)

La arqueología de género en
la Prehistoria. Algunas cuestiones
para reflexionar y debatir. RAMPAS,
4:321-343.

SOFFER, O, ADOVASIO, J. M.
y HYLAND, D. C. (2000)

“The Venus figurines. Textiles,
basketry, gender and status
in the Upper Paleolithic”.
Current Anthropology, 41-4,
august-october: 511-537.

SOLEY-BELTRAN, P. (2007)

“Una introducción a la sociología del
cuerpo”. Meri Torras (ed.). *Cuerpo*
e Identidad. Estudios de género
y sexualidad, 1: 247-265.

TEYSSANDIER, N. y BON, F. (2008)

“L' Émergence de l' Aurignacien et
son rôle dans le développement de
la pensée symbolique”. *Revue*
Préhistoire, Art et Sociétés. Société
Préhistorique Ariège-Pyrénées: 7-12.

VV.AA. (2003)

Venus y Caín. Figures de la Préhistoire
1830-1930. Éditions de la reunion
des Musées Nationaux. Paris.

VV.AA. (2006)

Las mujeres en la Prehistoria.
Diputación Provincial de
Valencia-Museu de Prehistòria.
Valencia.

VV.AA. (2008)

Imágenes de mujeres de la Prehistoria.
Arenal. 15-1. enero-junio
Universidad de Granada,
Ministerio de Trabajo y Asuntos
Sociales-Instituto de la Mujer.